
Fin de Enojo

Javier de Viana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7880

Título: Fin de Enojo

Autor: Javier de Viana

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 5 de noviembre de 2022

Fecha de modificación: 5 de noviembre de 2022

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Fin de Enojo

Con la cabeza sin más protección contra el rajante sol de enero que la espesa melena azabache, sentada sobre la tranca del cerco, Casilda investigaba curiosamente el horizonte.

Estaba furiosa Casilda. El sábado había visto a la vieja Sinfrosa, quien le contó que Lindoro, en el baile de las Peña, había andado toda la noche arrastrándole el ala a la rubia pecosa. Y como aquella le dijese, —por comadrear, no más,— que no podía atenderlo por constarle el compromiso existente con Casilda, él, el muy trompeta de Lindoro, había respondido:

—«¡No m'enriede el fleco 'el poncho!... ¡Nu' haga caso 'e la chinusa!»...

Y Casilda, rabiosa, arrancaba mechones de lana al cojinillo que le servía de asiento y miraba insistentemente al camino, cual si quisiera atraer con la vista al ingrato desdeñoso.

—¡La chinusa!... ¡la chinusa! —exclamaba con encono.— ¡Muy delicao el mozo, dende que anda perdiendo las plumas por la rubia Peña, ese pichón de benteveo, más flaca que mestre'escuela y más fiera que remedio!...

No li hace, no li hace; en cuanto llegue yo le viá arreglar la libreta y le viá cantar tuito el compuesto sin necesidá 'e guitarra... ¡Oidos le van a hacer falta al indino y le viá probar que a veces se llueve más l'azotea qu'el rancho 'e paja, y que hay criollos que la corren con el mestizo 'e más mental!... Ya tengo bien pensao cuanto le viá decir a ese trompeta mal agradecido. ¡Y lo viá repetir aura pa que no me se olvide!

Colérica, la china levantó la cabeza, sacudió la crin, escupió, se compuso el pecho y empezó a recitar con voz chillona:

—«¡Pué seguir no más delargo qu'el camino está güeno y tengo poco maíz y lo preciso pa las gallinas y ya he renuncian a criar chanchos y hace tiempo que no llueve y no quiero gastar el agua 'el pozo en lavar bajeras que se ensusean en el lomo 'e mancarrones mataos»... Y... y... y... ¿cómo era después?... ¡Ah! ya mi acuerdo—: «... y yo no soy sobra 'e naides y más menos de esa estopor que tiene el pelo mesmo como escoba 'e lavar servicios!... ¡Que churrasco lindo pa ensartar el mozo!... La cigüeña tiene más pulpa en los caracuces qu'ella en tuito el cuerpo y que si la van a comer es como tararira chica criada en el barro, gedionda y llena de espinas!... Y arreglao al carro son las estacas y no tiene la culpa el chancho sino quien le da de comer y... »

La china volvió a escupir espeso y a mirar el camino.

—¡Allí viene! ¡allí viene! —exclamó; y mientras una ola de sangre arrebolaba su linda faz de morocha y le relampagueaban los ojos y se agitaba el seno opulento y firme, esforzándose en dar a su fisonomía la máxima expresión de desdén y de fiereza.

Llegó el mocito, un criollo de bella estampa; boleó la pierna con gracia, alzó la rienda al overo y se acercó a Casilda, haciendo sonar las rodajas de las espuelas de plata.

—¿Cómo le va diendo, mi vieja? —preguntó con mimo; y ella comenzó airada:

—«Pué seguir no más de largo qu'el camino está güeno y tengo poco maíz y lo preciso pa...

Él no la dejó proseguir. Se acercó, la abrazó, y buscándole los labios con sus labios, preguntóle:

—¿Qu'está cantando mi nena?. .. Traiga pacá esa trompica

que la viá comer a besos!...

—¡No quiero!... ¡andá besar la rubia! —replicó Casilda defendiéndose.

—¡Bobeta!... ¿Qué te pasa?... ¿has pescao la madre 'el agua?...

—¡Salí! ¡salí!... ¡andá buscar la rubia mangangasa!...

El gauchito con voz de almíbar, siguió diciéndola:

—¡No diga cosas fieras mi prenda!... ¿Qué le importa que a otras les dé las achuras, si tuita la res es suya?... ¿Qué l'importa qui ande como pájaro, volando de rama en rama, si hasta en la noche oscura sé rumbear al nido y te sé traer en el pico un granito 'e pitanga y una florcita del monte?... Desensille el picazo pa refrescarle el lomo y vamo a ver si en la cocina hay agua pal amargo, que traigo seco el tragadero de tanto galopiar pa estar pronto al lao de mi Casilda!...

—¡Me llamaste chinusa! —respondió la joven casi rendida; y replicóle el mozo:

—¿Y di'ái?... Por chinusa te quiero, criolla pura, flor de los pastos en las cuchillas lindas de mi tierra!...

Y tornó a besarla; luego dijo:

—¿En tuavia está enojada mi rainita?...

Ella hizo un mohín.

—Aura no, —respondió muy quedo, y rompió a llorar.

—¡Pucha digo! —exclamó;— si soy lo mesmo que perro: me pongo brava y ladro y cuando me llama el amo...

—¿Vamos pal rancho?...

Ella lo miró con los ojos llenos de lágrimas, le dió un sonoro

beso en la boca y respondió sumisa y contenta:

—Vamos.

Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la

Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.